

Olimpo entero, no hubiera podido pagar la vigésima parte de esta suma. El dios de los Judíos había pronunciado la destrucción de su templo, y Juliano se esforzó en vano en reedificarlo.

La grande peste y la erupción del Vesubio que costó la vida á Plinio el naturalista, pertenecen á esta época (53).

Elion, Cerinto y Menandro, discípulo de Simon, iban predicando sus herejías: los filósofos fueron nuevamente desterrados de Roma; eran estos Euphrates, Tirio, primero amigo y después adversario de Apolonio de Tyana; Demetrio el Cínico, Artemidoro, Earnis el Pitagórico, Epiceto el Estóico, Luciano el Epicúreo, Diógenes el Joven cínico, Heras y Dion de Prusia; Musonio fue el único con quien no se ensañó Vespasiano.

El papa Clemente acabó de gobernar la Iglesia el año 77 de Jesucristo, cediendo su cátedra á San Anacleto ó Cleto\*, para evitar un cisma (54). Atribúyense al citado pontífice las obras más antiguas después de los libros canónicos.

Nunca\*\* se advirtió mayor semejanza entre dos hermanos que la que existió entre Domiciano y Tito. En el reinado de Domiciano\*\*\*, las tribus del Norte impelidas quizás por el cuerpo principal de los Godos que se acercaba, se movieron en las fronteras del imperio. Domiciano fue batido en Germania por los Cuados y los Marcomanos, y compró la paz á Decéballo, caudillo de los Dácios, pagándole una especie de tributo anual. Aprovecháronse los Bárbaros de este primer ejemplo de debilidad; y según los tiempos y las circunstancias continuaron vendiendo á los emperadores una paz, cuyo precio les servía á su placer para volver á empezar la guerra.

Aunque vencido, no dejó Domiciano de decretarse los honores del triunfo, y tomó con razón el nombre de *Dácico*. Dió juegos, se consagró estatuas, y se arastró en la gloria en que otros emperadores se habían precipitado.

Sus armas fueron más felices en la Gran Bretaña, pues Agricola batió á los Caledonios, y su flota dió la vuelta á la isla por el Septentrion.

El imperio recibió un golpe funesto con el aumento de la paga de los soldados, porque aumentó la influencia de estos, harto considerable ya; y el gobierno degeneró en república militar: es una ley eterna que la libertad, indestructible por su naturaleza, brille en alguna parte.

Domiciano persiguió á los filósofos (55) á quienes se confundía con los cristianos, por lo cual se retiraron á los confines de las Galias, á los desiertos de Libia y á la Escitia. Apolonio interrogada por Domiciano, mostró un gran arrojo y una franqueza rústica.

Comenzó á verse en todas partes la sucesión de los obispos. Abilio sucedió en Alejandría á San Marcos; en Roma San Evaristo á San Cleto, y Alejandro I ó Sixto I á San Evaristo. Hacia el fin de su reinado, Domiciano se lanzó, por decirlo así, sobre los fieles, y el apóstol San Juan, desterrado en la isla de Patmos, tuvo sus visiones apocalípticas. Flavio Clemente, cónsul y primo hermano del emperador, que destinaba los dos hijos de Clemente al imperio, había abrazado la fe, y murió decapitado. El Evangelio hacía rápidos progresos en las clases elevadas de la sociedad.

Asesinado Domiciano, no apareció Nerva en pos de él, sino para abolir el crimen de lesa-majestad (56), castigar á los delatores y llamar á Trajano\*\*\*\* á la púrpura: tres beneficios que le han granjeado la gratitud de los hombres.

En el reinado de Trajano llegó el imperio á su ma-

\* ANACLETO, papa. A. de J. C. 77.

\*\* DOMICIANO, emper.

\*\*\* ANACLETO, EVARISTO, SIXTO, papas. A. de J. C. 82-97.

\*\*\*\* NERVA, TRAJANO, emper. EVARISTO, ALEJANDRO, L. papas. A. de J. C. 97-118.

yor grado de prosperidad y de poder. Este príncipe admirable solo tuvo la debilidad propia de los corazones magnánimos: amó demasiado la gloria. Vencedor de Decéballo, redujo la Dácia á provincia; pero esta conquista, que fue un objeto de triunfo, debía trocarse en un motivo de luto, porque destruyó el último pueblo que separaba á los Godos de los Romanos. Trajano llevó la guerra á Oriente, dió un rey á los Partos, tomó á Suza y Ctesiphon, sometió á la Armenia, la Mesopotamia y la Siria, bajó al golfo Pérsico, vió el mar de las Indias y se apoderó de un puerto en las costas de Arabia; después de estas empresas dejó de existir, y su sucesor, sea por prudencia, sea por envidia, abandonó sus conquistas.

Debemos colocar en el último año del primer siglo de la era cristiana la muerte de San Juan en Efeso; este apóstol se daba asimismo en sus postreras cartas el nombre de *anciano* ó de *presbítero* de la palabra griega *presbyteros* «Hijos míos, amaos unos á otros;» tales eran sus únicas instrucciones; había sido testigo de la Pasión sesenta y seis años antes. San Judas, San Bernabé, San Ignacio, y San Policarpo, se daban á conocer por sus doctrinas. Las sucesiones de los obispos se verificaban en mayor número y con más publicidad: Ignacio y Heron en Antioquia, Cerdon y Primino en Alejandría, se sucedieron mutuamente. En pos del papa Evaristo vinieron Alejandro, Sixto y Telesforo, mártir.

Los cristianos padecieron en el reinado de Trajano, no precisamente como cristianos, sino como individuos de sociedades secretas. Una carta de Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, fija la época en que los cristianos empezaron á figurar en la historia general.

«Ha aparecido un libelo anónimo que contiene los nombres de muchos que niegan ser cristianos ó haberlo sido. Cuando he visto que invocaban los dioses conmigo, y que ofrecían incienso y vino á vuestra imagen que expresamente había yo mandado traer con las estatuas de los dioses; y cuando he visto además que maldecían á Cristo, he creído que debía devolverles la libertad, porque dicen que es imposible obligar á estos actos á los que aseguran ser cristianos... Ved aquí á lo que aseguraban se reduce su falta ó error: acostumbran reunirse antes de la salida del sol, y entonan juntas en dos coros un cántico en honor de Cristo, cual si fuese un Dios; se obligan por juramento, no á un crimen, sino á no cometer hurtos, latrocinios ni adulterios; á no faltar á su palabra y á no negar un depósito; luego se retiran y vuelven á reunirse para asistir á una comida parca y modesta, y que aun esto se habían abstenido de verificarlo después de mi bando, en el que, cumpliendo vuestros mandatos, prohíbe las reuniones... El caso me ha parecido digno de ser consultado, principalmente á causa del número de los acusados, porque corren peligro muchas personas de todas las edades, sexos y condiciones. Esta superstición ha infestado, no solo las ciudades, sino también las aldeas y los campos, y me parece que aun podemos contenerla y curarla. Al menos es indudable que se ha vuelto á frecuentar los templos casi abandonados, que se vuelve á celebrar los sacrificios solemnes después de una gran interrupción, y que se venden en todas partes las víctimas, siendo así que muy pocos los compraban ya. De esto puede deducirse fácilmente la multitud de los que se corregirían si se abriese la puerta al arrepentimiento.»

El universo cristiano ha desmentido hace mucho tiempo las esperanzas de Plinio. ¡Mas qué progresos tan rápidos y admirables! ¡Los templos abandonados! ¡No había ya quien comprase las víctimas! ¡Y apenas había espirado el evangelista San Juan!

Trajano, en su respuesta al gobernador, le previno que no debía perseguirse á los cristianos, pero que si eran denunciados y convictos, era preciso castigarlos;

que en cuanto á los libelos anónimos, no podían servir de materia á las acusaciones; y que perseguirlos sería un ejemplo pernicioso é indigno del siglo de Trajano (57.)

La historia presenta pocos documentos más notables que esta correspondencia entre uno de los últimos escritores clásicos de Roma, y uno de los monarcas más grandes que honraron el imperio, por lo que respecta al estado de los primeros cristianos.

Adriano\* mantuvo la paz, comprándola á los Bárbaros, quizá porque su predecesor había juzgado más honroso y seguro emplear igual suma en hacerles la guerra. Naturalmente envidioso de los triunfos ajenos, no perdonó á Apolodoro el arquitecto, ni á Trajano el emperador. Viajero coronado, gran administrador, y amigo de las artes, cuyo genio renovó, visitó los lugares célebres de su imperio; y la historia ha notado que evitó pasar por Itálica, su oscura patria. Persiguió á sus amigos, salió del mundo diciendo chanzonetas acerca de su alma, (58) y dejando á los Romanos, dignos de tal regalo, un dios más: el dios Antino.

Este príncipe, que había creado una divinidad, temió ser rechazado del Olimpo; grandes esfuerzos, costó á Antonia, obtener para él aquella apoteosis con que los señores del mundo prolongaban la ilusión de su poderio.

Multiplicábanse las herejías: habían aparecido Saturnino, Basilides, Carpócras, y los Gnosticos. Iba en aumento la calumnia contra los cristianos, que ocupaban extraordinariamente al gobierno y á la opinión pública. El pueblo los acusaba de sacrificar niños, de beber su sangre, de confer carne humana, de hacer en sus asambleas secretas que los perros apagasen las antorchas, y de unirse en las sombras al ceaso, como las bestias.

Los filósofos por su parte atacaban al judaísmo y al Cristianismo, mirando al primero como origen del segundo. Entonces empezaron los fieles á escribir y á defenderse: Cuadrato, obispo de Atenas, presentó su apología á Adriano, y Aristides, también ateniense, publicó, otra apología. Adriano mandó suspender la persecución. Eusebio nos ha conservado la carta que escribió á Minucio-Fondato, prócónsul de Asia: (59) «Si alguno acusa á los cristianos, decía, y prueba que quebrantan las leyes, juzgadlos según el delito; pero si los calumnian, castigad al calumniador.»

Adriano estableció colonos en Jerusalem y levantó entre sus ruinas una ciudad llamada Elea-Capitolina; algunos judíos reunidos en esta nueva ciudad se sublevaron otra vez, y fueron exterminados. La Judea se convirtió en una soledad: prohibióse á los Israelitas diseminados que entraran en Jerusalem, y hasta que la miraran desde muy lejos: ¡tan invencible era su amor á Sion! Colocóse en el santo sepulcro el idolo de Júpiter, levantóse en el Calvario una Venus de mármol, y plantóse un bosque en Belen; y la consagración á Adonis del pesebre en que había nacido Jesús, profanó aquellos lugares, asilo de la inocencia (60.)

La herejía de Valentin, el martirio de Santa Sinfrosina, y de sus siete hijos en Tibur para la dedicación de los jardines y palacios de Adriano, terminaron por lo que concierne á los cristianos, el reinado de este emperador.

Antonino\*\* fue el más amado de todos los emperadores, y el más respetado de los pueblos limítrofes del imperio. Justo en extremo, tuvo varios rasgos de semejanza con Numa, y su carácter compasivo le hizo más apto para el gobierno que lo habían sido los Titos

\* ADRIANO, emper. ALEJANDRO, SIXTO I, TELESFORO, papas. A. de J. C. 118-138.

\*\* ANTONINO, emper. HIGIRIO, PIO I, ANICETO, papas. A. de J. C. 139-162.

y Trajanos: la ciencia de las leyes va unida con la de la religión.

Dejáronse ver en el reinado de Antonino los dos herejes Marcion y Apelles: Justino, filósofo cristiano, publicó su primera apología dirigida al emperador, al Senado y al pueblo romano, y habló de los misterios sin disfraz. Santa Felicitas confesó á Cristo, con sus hijos.

Marco Aurelio amaba la paz por carácter y por filosofía\*; y no obstante, tuvo que sostener numerosas guerras con los Bárbaros. Los Cuados, que se perdieron en la Liga de los Francos, amenazaron á Italia con una irrupción: los Mareomanos, ó por mejor decir, una confederación de los pueblos germanos, impelidos por los Godos, y otros pueblos que les oprimían se procuraron establecimientos en el imperio. Habían aprovechado el momento en que las legiones romanas se ocupaban en defender el Oriente contra los Partos; acercábase la grande invasión, y el mundo empezaba á agitarse. Habiendo Marco-Aurelio asociado al imperio á su hermano adoptivo, Marco-Verro, rechazó con él á los agresores, y quedaron vencidos los Marcomanos y los Cuados. A consecuencia de estas guerras, los Romanos recobraron cien mil prisioneros, y las colonias de bárbaros que se habían formado en la Dácia, la Panonia, ambas Germanias y hasta Rávena, en Italia. Levantáronse estas, y enseñaron á los Romanos lo que debían temer de semejantes colonos. Cien mil prisioneros devueltos suponían ya en las naciones septentrionales un poder y una regularidad en el gobierno, en que no se ha fijado bastante la atención.

Las artes y las letras despidieron su postrer resplandor en los reinados de Trajano, Adriano, Antonino y Marco-Aurelio: este es el segundo siglo de la literatura latina, en la cual debemos estudiar los conocimientos que suministró el genio moribundo de la Grecia sometida á los Romanos, porque entonces aparecieron Tácito, los dos Plinios, Suetonio, Floro, Galeno, Sexto Empírico, Plutarco, Ptolomeo, Arriano, Pausanias, Apiano, Marco-Aurelio y Epicteto; emperador el uno, esclavo el otro; y brilló, en fin, Luciano, que se burlaba de los filósofos y de los dioses.

Marco-Aurelio murió sin haber podido terminar completamente la guerra de los Bárbaros, y después de haberse visto obligado á sofocar la rebelión de las colonias militares. Dejó el imperio á su hijo Cómodo; hubo en esto un error de la naturaleza, que la filosofía debió haber prevenido.

Si los Romanos debieron por largo tiempo los triunfos de sus armas á la disciplina, á la organización de las legiones y á la superioridad del arte militar; debieronlos á la necesidad en que se hallaban los legionarios de combatir en todos los climas, de alimentarse con todas las sustancias, y de endurecerse por medio de largas y fatigosas marchas. Los pueblos de la Europa moderna, (exceptuando la nación francesa en las últimas conquistas de su última revolución); los pueblos de la Europa moderna, divididos en pequeños Estados, han combatido casi siempre contra sus vecinos, ó sobre el suelo patrio á escasa distancia de sus hogares. Mas el imperio romano encerraba en su seno el mundo conocido: sus soldados, pasaban de las márgenes del Danubio y del Rin á las del Eufrates y del Nilo; de las montañas de la Caledonia, la Helvecia y la Cantabria á la cordillera del Cáucaso, del Tauro y del Atlas; de los mares de Grecia á las arenas de la Arabia y á los campos de los Numidas. Empréndense al presente largos y peligrosos viajes en los países que las legiones recorrian para mudar de guarnición; esas empresas de Ultramar, que tan célebres hicieron á las Cruzadas, no eran para los Romanos sino el movimiento de un

\* AURELIO, emper. ANICETO, SOTERO, ELEUTERIO, papas. De J. C. 162-181.

cuerpo de tropas que habiendo salido de la Batavia se dirigían á relevar una guarnición á Jerusalem. El general que se trasladaba á regiones tan diversas, y que obligado á emplear los recursos peculiares de cada una se servía del camello y del elefante debajo de las palmeras, y de la mula y del caballo debajo de las encinas, extendía su experiencia y sus talentos con el vuelo de sus águilas.

El mundo romano no presentaba un aspecto uniforme: los pueblos subyugados habian conservado sus costumbres, sus trajes, su idioma, sus dioses indígenas y sus leyes locales; en lo exterior no se conocía en ellos la dominación extranjera sino por los caminos militares, los campos atrincherados, los acueductos, los puentes, los anfiteatros, los arcos de triunfo y las inscripciones latinas grabadas en los monumentos de las repúblicas y de los reinos incorporados al imperio; en lo interior, la administración civil, fiscal y militar, los prefectos y los procónsules, las municipalidades y los Senados, y la ley general que dominaba las justicias particulares, anunciaban un dueño común. Los Romanos no habian impuesto á la tierra sojuzgada sino sus armas, su código y sus juegos.

Marco-Aurelio, adepto de la escuela estoica, aborrecía á los discípulos de la cruz por una especie de vivacidad de secta. «Debemos estar dispuestos siempre á morir, decía en una de sus máximas, en virtud de un juicio que nos sea propio, no por el capricho de una mera obstinación, como los cristianos.» Hubo muchos mártires durante su reinado: Policarpo en Esmirna, Justino en Roma, despues de haber publicado su segunda apología, los confesores de Viena y de Lion, á cuya cabeza brillaba Potino, anciano que pasaba de noventa años, y á quien sucedió Ireneo en la cátedra de Lion.

En esta época, los apologistas, como Alhenágoras cambiaron de lenguaje, y de acusados se convirtieron en acusadores: defendiendo el culto del verdadero Dios, atacaron el de los ídolos. Por otra parte, los magistrados no fueron los únicos promovedores de las persecuciones, pues las pidieron los pueblos: el levantamiento de las masas en Viena, Lion, y Autun, multiplicó las víctimas en las Galias (61), lo cual prueba que los cristianos no eran ya una reducida secta limitada á algunos iniciados, sino un considerable número de hombres que amenazaban el antiguo orden social, y que armaban contra ellos los añejos intereses y las preocupaciones antiguas. La legión Fulminante compuesta en parte de discípulos de la nueva religion, obtuvo una victoria en 174 contra los Sármatas, los Cuados y los Marcomanos; victoria reproducida en los bajos-relieves de la columna Antonina; según Fusebio, Marco-Aurelio se confesó deudor de su triunfo á las oraciones de los soldados de Cristo (62).

El Evangelio habia hecho tales progresos que Meliton, obispo de Sardis en Asia, decía á Marco-Aurelio en una exposicion: «Se persigue ahora á los servidores de Dios.... Nuestra filosofia estaba antes difundida entre los Bárbaros; vuestros pueblos recibieron su luz en el reinado de Augusto, y á ella es debida la felicidad de vuestro imperio (63).»

Un rey de los Bretones, tributario de los Romanos, escribió el año 170 al papa Eleuterio, sucesor de Sotero, pidiéndole misioneros, quienes sembraron la fe en las poblaciones británicas, bien así como el monge Agustin, enviado por Gregorio el Grande, predicó andando el tiempo el Evangelio á los Sajones vencedores de los Bretones.

Brillaba no obstante en Marco-Aurelio bastante moderación para no abandonarse enteramente al odio de que estaban animadas las escuelas filosóficas; así pues, escribió el año décimo de su reinado á la comunión del pueblo del Asia Menor, reunida en Efeeso, una carta llena de tolerancia, y aun excedió á sus antecesores, porque decía: «Si un cristiano es acu-

sado en calidad de tal, absolvelde, aun cuando quede convicto de serlo, y perseguid al acusador (64). Pero le era difícil luchar contra la superstición y la filosofía, aliadas de un modo extraño para destruir al enemigo común.

Los Marcionitas, los Montanistas y los Marcianos, introdujeron nueva confusión en la fe.

Con Marco-Aurelio espiró la era de la felicidad de los Romanos, bajo la autoridad imperial, y comenzaron de nuevo tiempos horribles que no cesaron ya sino por la transformación de la sociedad. Para pintar su historia basta un solo rasgo: Cómodo y sus sucesores hasta Constantino, perecieron casi todos de muerte violenta. Cuando Marco-Aurelio hubo desaparecido, los Romanos volvieron á sumirse con tanto ardor en la abyección, que se les hubiera podido tener por hombres vueltos de nuevo á la libertad, pues solo se habian emancipado de las virtudes de sus antiguos señores.

Dignos son de notarse dos efectos del poder absoluto sobre el corazón humano.

No ocurrió siquiera á los buenos príncipes que gobernaron el mundo romano, la idea de dudar de la legalidad de su poder, ni la de restituir al pueblo los derechos que le habian sido usurpados.

El mismo poder absoluto trastornó la razón de los malos príncipes. Los Nerones, los Calígulas, los Domitianos y los Cómodos, fueron verdaderos insensatos; y para no asombrar demasiado á la tierra, el cielo revistió con la locura sus crímenes, como para darles en cierto modo un carácter de inocencia.

Habiendo encontrado Cómodo á un hombre de extraordinaria corpulencia, le partió en dos para probar su fuerza y gozar del placer de ver esparcidas las entrañas de la víctima (65). Llamábase Hércules; quería que Roma variase el nombre y tomase el suyo, y algunas vergonzosas medallas han perpetuado la memoria de este insano capricho. Cómodo pereció por la indiscreción de un niño, por el veneno que le dió una de sus concubinas, y por la mano de un atleta que ahogándole acabó lo que el veneno habia comenzado (66).

En el reinado de Cómodo apareció una nueva raza de destructores: hablo de los Sarracenos, tan funestos al imperio de Oriente.

Pertinaz, \*\* que sucedió á Cómodo, se mostró digno del poder: su ambición era de aquellas que inspira el convencimiento de los talentos que se poseen y no la envidia de los que no pueden conseguirse. El nuevo emperador hizo reclamar á los Bárbaros el tributo que se les pagaba, y ellos lo devolvieron; paso vigoroso fue este: pero los antecesores de Pertinaz, al inmolar á su debilidad ó á sus vicios la dignidad y la independencia romanas, habian causado un daño irreparable; Podíase acaso rescatar el honor de un Estado que iba á venderse en pública subasta?

Pertinaz era un soldado rígido, y los pretorianos le asesinaron: ofrecióse el imperio al mejor postor y hubo dos licitadores de tiranía que se disputaron los harapos de Tiberio: Didio Juliano venció en la puja á su competidor, merced á un exceso de mil y doscientas dracmas (67), y los pretorianos entregaron la mercancía de ciento veinte millones de hombres á Didio, que no pudiendo pagar el valor de la adjudicación (68), se vió amenazado de ser ejecutado por deudas. En otro tiempo el Senado habia proclamado la venta de una porción del territorio de la república; el lugar en que acampara Anibal.

El Senado de Didio se sintió sin embargo avergonzado, y se sobrecogió de pavor cuando supo que se habian insurreccionado las legiones que habian elegido á tres emperadores. Diéronse todos prisa á reparar

\* Cómodo, emper. ELEUTERIO, papa. A. de J. C. 181-192

\*\* PERTINAZ, JULIANO, emper. VICTOR, papa. A. de J. C. 195.

una bajeza con una crueldad; al cabo de sesenta y seis dias Didio fue depuesto y condenado. «¿Qué crimen he cometido?» preguntaba llorando (69). El desgraciado no habia tenido tiempo para adquirir la práctica de la tiranía é ignoraba que haber comprado el imperio y no haber quitado la vida á nadie, era una contradicción que hacia imposible su reinado: hombre vulgar, era harto inferior á su crimen.

No sabemos por qué Roma se avergonzó de la elevación de Didio Juliano, á no ser porque sintió uno de esos movimientos de dignidad natural, que brotan algunas veces en medio de la abyección. Dionisio decía en Corintio á los que le inculcaban: «Sin embargo, he sido rey.» Un pueblo degenerado que nunca habia pensado en prescindir del yugo cuando tenia el poder de nombrarse un dueño, llamó al imperio á Pescenio Niger, que mandaba en Oriente; mas las legiones de Iliria habian elegido á Séptimo-Severo, y las legiones británicas á Clodio Albino. Entonces se encendieron nuevamente las guerras civiles: Severo quedó vencedor de Niger en tres combates en Asia, siendo igualmente dichoso contra Albino en la batalla de Lion; y á pretexto de castigar á los partidarios del último, mandó dar muerte á gran número de senadores. Las fortunas de las familias senatoriales eran enormes, y no se conseguia menoscarlas con el mal entendido impuesto; así pues, el crimen de lesa-magestad fue inventado como una ley de hacienda, porque envolvia la confiscación de bienes. Vemos á algunos príncipes anunciar al subir al imperio, que no harán morir á senador alguno: esto equivalia á declarar que no impondría nuevos impuestos.

Severo\* habia nacido en Leptis, en la costa de Africa; y véase cómo por este hecho el jefe de los Romanos hablaba la lengua de Anibal. Reunía la crueldad y la fe púnica, y no carecia de cierta grandeza: á imitación de Vitelio disolvió al pronto la guardia pretoriana; despues la restableció y aumentó componiéndola de los soldados mas valientes de las legiones de Iliria; hasta entonces solo se habian admitido en este cuerpo hombres sacados de Italia, de España y de la Norica, provincias reunidas hacia mucho tiempo al imperio. Los Bárbaros se aproximaban mas y mas al trono; pronto los veremos elevarse al rango de los favoritos y ministros, para llegar á ser emperadores.

Severo obligó á los senadores á colocar á Cómodo en la clase de los dioses: «¿Bien les está por cierto, decía, mostrarse escrupulosos! ¿Valen á caso mas que ése tirano?» Interesábase á Severo no permitir la degradación de Cómodo, puesto que intentaba entregar el mando á Caracalla. Los emperadores procuraban, por los medios indirectos de la asociación, y por los títulos de Augusto y de César, hacer la púrpura hereditaria; pero dos cuerpos, el ejército y el Senado, les oponian obstáculos; en uno de ellos existia el hecho, en el otro el derecho: y el hecho y el derecho, que con tanta frecuencia se combaten, se entendian entre sí para disfrutar lo que se habian apropiado despojando al pueblo romano.

Despues de haber triunfado de los Partos, Severo, al fin de su vida pasó á la Gran-Bretaña, batió á los Caledonios, y le vantó para contenerlos las murallas que llevan su nombre: á esta época pertenece la fábula de Fingal.

Habiase casado el emperador con Julia Domna, natural de Emeso en Siria, mujer dotada de hermosa, gracias, instruccion y valor; tuvo de ella dos hijos, que fueron Caracalla y Geta, cuyo mútuo odio se hizo sentir desde la infancia. Caracalla, ansioso de reinar, intentó deshacerse de su padre cuando este se hallaba empeñado en la guerra de la Caledonia. Severo, habiendo entrado en su tienda se acostó, puso una es-

pada á su lado, y mandó llamar á su hijo, «Si quieres matarme, le dijo, toma esa espada, ó manda á Popiniano, aqui presente, que me degüelle; te obedecerá, porque te nombro emperador (71).»

Algun tiempo despues, hallándose Severo enfermo en York, y conociendo que se aproximaba su fin, dijo: «Lo he sido todo, pero todo es nada (72).» Habiéndose acercado el oficial de guardia á su lecho, le dió por contraseña: *Trabajemos* (73); dicha esta palabra, dejó de existir.

Los reinados de Cómodo, Pertinaz, Juliano y Severo, vieron brillar la elocuencia de los primeros Padres de la Iglesia: entre los Padres griegos descuellan San Clemente de Alejandria (cuyas obras tituladas el *Maestro* y los *Estrómatas* están llenas de hechos curiosos); entre los Padres latinos, Tertuliano es el Bossuet de Africa. San Ireneo, aunque escribió en griego, declara en su tratado contra las herejías que, como habitaba entre los Celtas y se veia precisado á hablar y oír una lengua bárbara, no se debia exigirle las galas y la lozanía del estilo. Nos manifiesta que el Evangelio se habia divulgado ya por todo el mundo; cita las iglesias de Germania, de la Galia, de España, de Oriente, de Egipto, de Libia, alumbradas, dice, con una misma fe, así como con un mismo sol (74). Nombra á los dos obispos que se sucedieron en Roma desde Pedro hasta Eleuterio; afirma que él habia conocido á Policarpo, á quien los apóstoles consagraron obispo de Esmirna, el cual habia hablado con muchos discípulos que vieron á Jesucristo (75). Este es uno de los testimonios mas terminantes de la tradición.

Por este tiempo, Panteno, jefe de la escuela cristiana de Alejandria, predicó á las naciones orientales, y penetró en las Indias, donde encontró muchos cristianos en posesion del Evangelio de San Mateo, escrito en lengua hebreaica, y legado á aquella Iglesia por el apóstol Bartolomé (76).

Vemos por los dos libros de Tertuliano dirigidos á su mujer, que los enlaces, entre los cristianos y los paganos empezaban á ser frecuentes; pero, según este orador, los mas disolutos de los paganos eran los que se casaban con cristianas, y las mas frágiles de estas las que se enlazaban con los paganos (77). Su tratado esperece mucha luz sobre la vida doméstica de las familias de ambas religiones.

El número de los discípulos del Evangelio se aumentó mucho en Roma en el reinado de Cómodo, principalmente entre las familias nobles y opulentas. Apolonio, senador instruido en la literatura y la filosofia, habia abrazado el nuevo culto; mas habiendo sido delatado por uno de sus esclavos, sufrió el suplicio de la cruz en virtud del edicto de Marco-Aurelio, que prohibia acusar á los cristianos en calidad de tales (78). Pero Apolonio fue condenado á su vez á perder la cabeza, porque todo cristiano que comparecia ante los tribunales y no se retractaba de su creencia, era castigado con la muerte. Apolonio pronunció en pleno Senado una apología completa de la religion.

Habiendo muerto el papa Eleuterio, tuvo por sucesor á Victor, quien gobernó la Iglesia de Roma por espacio de doce años.

El emperador Severo amó al principio á los cristianos, pues confió la educación de su hija mayor á uno de ellos, llamado Próculo, y protegió á los miembros del Senado, convertidos á la fe, pero mudó de parecer mas adelante, y provocó una persecucion general en la que perecieron Perpetua, Felicidad y San Ireneo, con una multitud de su pueblo. Tertuliano escribió la elocuente y célebre apología, en que se explicaba así: «Somos de ayer y llenamos ya vuestras ciudades, vuestras colonias, el ejército, el palacio, el Senado, el foro; solo os dejamos vuestros templos (79).» Publicó su *Ehortacion á los mártires*,

\* SEPTIMO SEVERO, emper. VICTOR I, ZEFERINO, papas. A. de J. C. 195-212.

sus tratados de los *Espectáculos*, de la *Idolatría*, de los *Adornos de las mujeres*, y su libro de las *Prescripciones*, obra admirable que sirvió de modelo á Bossuet en su obra clásica de las *Variaciones*. Tertuliano cayó en la herejía de los Montanistas, que convenía á la severidad de su genio. Orígenes empezaba á darse á conocer en esta época.

Durante la persecucion de Severo procuraron los cristianos ponerse al abrigo de sus verdugos apacándoles con dinero, y continuó esta costumbre.

Muerto Severo, reinó Caracalla con su hermano Geta, á quien no tardó en hacer asesinar en los brazos de su madre. Se ha conservado un dicho de Papi-niano: habiendo sido invitado por el emperador á componer la apología del asesinato de Geta, se manifestó este jurisconsulto, menos complaciente que el filósofo Séneca, contestando: «Mas fácil es cometer un parricidio que justificarlo (80)»

Con Caracalla volvieron á aparecer en el trono la depravacion y la crueldad; hubo asesinatos en Roma, en las Galias y en Alejandría. Llamóse primero este emperador Bassiano, del nombre de su abuelo, sacerdote del Sol en Fenicia; y mudó su primer nombre en virtud de orden de Severo por el de Marco Aurelio Antonio. Los vicios de Caracalla, contrastando con las virtudes, bajo cuyo patrocinio intentaban ponerle, sirvieron tan solo para hacerle mas odioso. El desprecio del pueblo hizo desaparecer el sobrenombre glorioso confundiéndolo con el apodo de Caracalla, tomado del vestido galo con que hacia alarde de ataviarse el hijo de Severo.

Su padre había conmovido el Estado introduciendo los Bárbaros en la guardia pretoriana: Caracalla completó el mal haciendo extensivo el derecho de ciudadanía á todos los vasallos: quedó degradada la nobleza de la sangre romana; y por una especie de igualdad democrática, todo súbdito, bárbaro ó romano, fue admitido al concurso de la tiranía. Poco á poco se borraron las distinciones de ciudades libres ó de colonias, de derecho latino ó derecho itálico. En teoría esto era un bien, pero en la práctica un mal: no se trataba de libertad, sino de dinero; no de emancipar á las masas, sino de hacer pagar á los individuos como *ciudadanos* la vigésima parte de los legados y de las herencias, de la cual estaban exentos como *vasallos*. Perdiéronse las antiguas costumbres y la homogeneidad de la raza, y se trocó la fuerza de aquellas por la uniformidad de la administracion (81).

Caracalla tuvo como tantos otros la manía de imitar á Alejandro: aquellos plagiarios de un héroe olvidaban que la pica del Macedonio dió nacimiento á mas ciudades que las que destruyó. En las orillas del Rhin y del Danubio encontró casualmente Caracalla dos pueblos nuevos, los Godos y los Alemanes. Amaba á los Bárbaros, y aun se supone que en sus conferencias privadas les descubrió el secreto de la debilidad del imperio, secreto que ya sus espadas les habian revelado.

Habiendo pasado á Asia, Caracalla visitó las ruinas de Troya. Para honrar y recordar la memoria de Aquiles, cuya verdadera semejanza pretendia ser, quiso llorar la muerte de un amigo; en su consecuencia se administró un veneno á Festo, libertó á quien amaba tiernamente, y despues hizo que le levantaran una hoguera fúnebre. Y como Aquiles, el mas hermoso de los griegos, cortó su rubia cabellera para arrojarla á la hoguera de Patrodo, Caracalla, feo, pequeño y deforme se arrancó dos ó tres cabellos que sus excesos y disolucion le habian dejado, excitando la risa de los soldados, que le veian buscar y hallar á duras penas, en su frente la materia del sacrificio por el amigo á quien habia hecho envenenar (82).

\* CARACALLA, emper. ZEPHERINO, papa. A. de J. C. 212—217.

Caracalla estaba enfermo de sus excesos; su alma sufría tanto como su cuerpo; representábasele sus crímenes, y creíase perseguido por las sombras de su padre y de su hermano (83). Consultó á Escolapio, á Apolo, á Serapis, á Júpiter-Olimpico sin conseguir consuelo alguno porque los remordimientos, no se curan.

\* Mocrino, Prefecto del Pretorio, amenazado por Caracalla le hizo asesinar (84). Se cree que la emperatriz, acusada de incesto con Caracalla su hijo, sucumbió á una muerte dolorosa voluntaria ó involuntaria (85). No quedó ningun individuo de la familia Severo; cuyos infortunios, á pesar de los que dicen los historiadores, inspiraron poco interés á los hombres. En las razas antiguas sorprende la caída; en las modernas, la elevacion, porque las primeras al caer, salen de su situacion natural, mientras que las segundas entran en ella.

Caracalla tuvo templos y sacerdotes, porque Macrino pidió altares para aquel á quien habia asesinado. Los Romanos, libres ya de sus tiranos los convertían en dioses, y así gozaban aquellos de dos inmortalidades, la del odio público y la de la ley religiosa que consagraba este odio.

Macrino cubría con exterior grave y con apariencias de valor un carácter frívolo y tímido; deseó el imperio, lo obtuvo, y se halló embarazado con su posesion. Tenia el instinto del mal, pero carecía de talento: de manera que siendo incapaz de fecundar este mal, cuando habia cometido un crimen, no sabia ya qué hacerse: esto es lo que acontece cuando la ambicion excede los límites de la capacidad, ó cuando una fortuna extraordinaria se ve comprimida en un espíritu limitado y en una alma pequeña, en vez de extenderse á sus anchuras en un ingenio perfecto y en un corazón grande. Despues de catorce meses de reinado, el ejército quitó el imperio á Macrino con la misma facilidad con que se lo habia dado.

Julia, mujer de Séptimo Severo, ó hija de Bassiano, tenía una hermana llamada Julia-Mæsa, que se casó con Julio-Avito, y tuvo dos hijas: Scemis y la célebre Mamea. Esta última dió á luz á Alejandro-Severo, y Scemis se habia casado con Vavio-Marcelo; pero no se sabe á punto fijo, si tuvo trato secreto con Caracalla, y si Eliogábalo fue fruto de este trato.

Despues de la muerte de Caracalla, Mæsa, hermana de la emperatriz Julia, se retiró á Emeso con sus dos hijas Scemis y Mamea, viudas ambas, y cada una con un hijo: Eliogábalo tenía trece años, y Alejandro nueve. Mæsa logró que diesen á Eliogábalo el cargo de gran sacerdote del Sol. Con sus hábitos sacerdotales era de una belleza extraordinaria, y le comparaban á las estatuas mas perfectas de Baco: Vióle una legión: se prendó de su hermosura y por las intrigas de Mæsa le proclamó emperador. Júzguese por esto cual sea el carácter del ejército: eligió á Eliogábalo porque era hermoso, y porque le creyó hijo de Caracalla y de Scemis; es decir, bastardo de un monstruo y de una mujer adúltera.

Macrino hizo marchar contra la legión un cuerpo de tropas mandados por Ulpio-Juliano, el cual, abandonado de las suyas, pereció asesinado. Un soldado le cortó la cabeza, la envolvió, hizo un paquete que cerró con el sello de Juliano, y la presentó á Macrino como la cabeza de Eliogábalo; Macrino desenvolvió el paquete sangriento, y conoció que aquella cabeza pedía la suya. Despues de haber perdido una batalla contra su rival, que desplegó sumo valor, huyó y fue detenido y asesinado. Su hijo, á quien enviaba al rey de los Partos experimentó la misma suerte.

Reinó pues Eliogábalo, \*\* porque era necesario que

\* MACRINO, emper. ZEPHERINO, papa. A. de J. C. 217—218.

\*\* ELIOGABALO, emper. ZEPHERINO y CALISTO, papas. A. de J. C. 218—222.

todas las pasiones y todos los vicios pasasen por encima del trono para que los hombres consintiesen en colocarse sobre él á la religion que condenaba todos los vicios y todas las pasiones.

Roma vió llegar á un jóven sirio, sacerdote del Sol, con los párpados pintados, las mejillas teñidas con carmin, vestido con tiara, collar, brazaletes, túnica de tela de oro, ropaje de seda á lo fenicio, y sandalias adornadas con piedras cinceladas. Este jóven sirio iba rodeado de eunucos, cortesanos, bufones, cantores, enanos y enanas bailando y andando de espaldas delante de una piedra triangular. Eliogábalo vino á reinar en los hogares del viejo Horacio, á encender el casto fuego de Vesta, á abrazar el escudo sagrado de Numa, y á tocar los venerables emblemas de la santidad romana (86).

En medio de tantos reinados execrables, distínguese el de Eliogábalo por su tipo original. Cuanto la imaginacion de los Arabes ha creado de mas prodigios, en fiestas, pompa y riqueza, no parece sino una tradicion confusa del reinado del sacerdote del Sol: anotaremos estos detalles en el artículo de las costumbres de los Romanos. El vicio que gobernó mas particularmente el mundo en tiempo de Eliogábalo, fue la deshonestidad; este monarca elegía los agentes del poder por las cualidades que mas capacidad les daban para el libertinaje (87); despreciando las distinciones sociales y las preeminencias del talento, colocaba la soberania política en la potencia que mas participa del instinto del bruto.

Sucedió que habiendo tomado varios maridos, dióse por dueño tan pronto un cochero del circo, como el hijo de un cocinero (88). Hacia que le saludasen con el título de *domina* y de *imperatrix*; vestíase de mujer, y entreteníase en labores de lana. Hombre y mujer, prostituido y prostituida, no hubiera adquirido mas pureza aun cuando se hubiera consagrado al culto de Cibeles como habia pensado hacerlo. (89). Concedió asiento á su madre en el Senado cerca de los cónsules, y creó otro senado de mujeres que deliberaban sobre las preferencias, los honores de la corte y la forma de los vestidos.

Sin embargo no estaba Eliogábalo desprovisto enteramente de valor. Perseguíale el presentimiento de una vida breve; y habia preparado para matarse en un caso, cordones de seda, un puñal de oro, veneno encerrado en vasijas de cristal y de pórfido, y un patio interior empedrado de piedras preciosas sobre las cuales pensaba precipitarse desde lo alto de una torre. Faltáronle tales recursos; vivió en sitios infames, y fue muerto en una letrina (90) con su madre. Corláronle la cabeza, y su cadáver arrastrado hasta un albañal, no pudo entrar en la abertura demasiado estrecha (91); este incidente valió á Eliogábalo los honores del Tiber, por lo cual le dieron el sobrenombre de Tiberino, equívoco que significa el *ahogado en el Tiber*, ó el *pequeño Tiberio*; de este modo se divertían los Romanos hasta con su misma infamia. Cuando el despotismo desciende tan bajo, que su degradacion le quita la fuerza, los esclavos respiran un momento: en tiempos de oprobio el desprecio ocupa algunas veces el lugar de la libertad. No olvidemos para ser justos, que Eliogábalo era un niño, pues contaba tan solo veinte y dos años cuando fue asesinado, y habia reinado ya tres años, nueve meses y cuatro días: pervirtieronle su madre, su siglo, y la naturaleza del gobierno de que llegó á ser cabeza.

Las mismas mujeres, cuya ambicion habia figurado en los reinados de Caracalla, Macrino y Eliogábalo, contribuyeron á la caída de este último príncipe, y produjeron la inauguracion de su sucesor. Scemis habia persuadido á su hijo á que crease Augusto á su primo Alejandro. Eliogábalo envidioso de la virtud de Alejandro, intentó primero corromperle, y no pudiendo conseguirlo quiso asesinarlo; Mamea, para salvarle,

le condujo al campamento de los pretorianos. Verificóse una reconciliacion que duró poco, y despues de asesinado Eliogábalo, recibió su primo la púrpura.

Cada emperador al pasar por el sòlio dejaba en él alguna prenda para la destruccion del imperio: permaneció el lujo exagerado que Eliogábalo habia introducido en los muebles, en los vestidos y en la mesa. Desde la fecha de este reinado fueron tomando incremento la profusion de la seda y del oro, y las liberalidades á las legiones. El príncipe sirio habia mandado acuñar algunas monedas de oro dobles y cuádruples de las antiguas, y otras que contenian diez, cincuenta y cien veces su valor: distribuía estas monedas á los soldados á imitacion de sus predecesores, pero como contaba el número y no el peso de las monedas, centuplicaba algunas veces el precio del regalo: ahora bien para variar las costumbres de un Estado, basta variar las fortunas.

No existiendo ya el emperador Eliogábalo, enviaron á Siria al dios Eliogábalo, introducido en Roma con su gran sacerdote. Un decreto prohibió para siempre la entrada de las mujeres en el Senado. Los ensayos del déspota de Asia no envilecieron menos las antiguas instituciones: Júpiter Capitolino, habia cedido su puesto al Sol, y una mujer habia ocupado un lugar en algunos senatus-consultos. La religion es tan necesaria á la duracion de los Estados, que aun siendo falsa arrastra tras sí al desplomarse el edificio político. La sociedad antigua pereció con el politeísmo; pero habíase elevado en su seno otro culto, pronto á reemplazar al primero y á ser el fundamento de una sociedad nueva.

\* Alejandro-Severo, príncipe económico y de buen juicio, consagró casi todo su reinado á las reformas: en los gobiernos viejos se perfecciona la administracion á medida que se deterioran las costumbres: la civilizacion pasa del alma al cuerpo. Desgraciadamente Alejandro me pudo destruir el mal que habia hecho el tiempo: las legiones sediciosas y sedientas de riqueza no podían ya ser reformadas sino por el acero de los Bárbaros. En el cuarto año del reinado de este príncipe, hubo una revolucion en Oriente.

Despues que hubo pasado Alejandro el Grande, y que los Romanos se derramaron por sus huellas sin cubririrlas, formóse la monarquía de los Partos. Artabán, último bástago de la dinastía de los Arsácidas, ocupaba todavia el trono cuando Alejandro-Severo fue puesto á la cabeza del mundo romano. Artabán habia sido ingrato con un vasallo suyo, que no tuvo la generosidad suficiente para perdonar la ingratitud: sublevóse contra su señor y se sentó en su sòlio (92). Llamábase Artajerjes; hijo adúltero de la mujer de un curtidor y un soldado, pretendió descender de los soberanos de Babilonia. Nunca se pone en duda la nobleza de los vencedores, y fue lo que quiso ser. Proclamado heredero y vengador de Dario, obligó á su nacion á dejar el nombre de Partos por tomar el de Persas, y estableció un imperio funesto para Roma, el cual despues de haber durado cuatrocientos veinte y cinco años, fue derrocado por los Sarracenos.

No contento Artajerjes con haber libertado á su patria reclamó á los Romanos las provincias que ocupaban en Oriente: ¿querria acaso legitimarse por la gloria? No sabemos si Alejandro-Severo venció á Artajerjes; pero lo cierto es, que volvió á Roma y obtuvo los honores del triunfo (93); de allí pasó á las Galias. Los movimientos de los Godos y de los Persas en los dos extremos del imperio, habian obligado á los Romanos á encaminar sus principales fuerzas al Danubio y al Eufrates, y á retirar cinco de las ocho legiones que custodiaban las orillas del Rhin.

La invasion de los cristianos seguia paralelamente

\* ALEJANDRO SEVERO, emper. URBANO y PONCIANO, papas. A. de J. C. 222—235.